OPINIÓN

Representar al pueblo

Por Rodrigo Ávila Carrasco · 18 de noviembre de 2026 · 5 min de lectura



Los mexicanos somos muy dados a poner atención en los fenómenos sociales cuando ocurren en el extranjero. Las últimas semanas nos han dado noticias sobre un verdadero frenón a la ultraderecha en Brasil y Estados Unidos. La necesidad de derrotar a la derecha en Brasil propició que sectores más a la izquierda del PT se movilizaran electoralmente y que su candidato tuviera una mayor definición. Por su parte, en Estados Unidos se dio un acontecimiento interesante: un puñado de candidatos y candidatas que se autodenominan socialistas triunfaron de manera contundente en medio de la nación más capitalista del mundo y frente al gobernante más derechista de la historia de ese país.

Cuando la derecha crece es común que surjan voces en la izquierda que llaman a la prudencia. Se plantea siempre un corrimiento táctico al centro (o sea, a la derecha) para no asustar al electorado, a los mercados, etc. Ello implica (en teoría) un proceso de “blanqueo” del programa, la imagen y el discurso que surgió para hacer frente a las políticas derechistas. Pero se trata de un error.

Este planteamiento “táctico” parte de la idea de que la cultura dominante es conservadora y que las posturas de izquierda y hasta las progresistas son una anomalía que hay que matizar.

En México, nuestra historia reciente desmiente estas posturas. A mediados de los 90 en la izquierda electoral se impulsaba la idea de que, para acceder a espacios de poder, para ser electoralmente competitivos, habría que capitular. La caída del muro de Berlín -decían- era una muestra de la inviabilidad de un proyecto basado en la lucha de clases y la hegemonía neoliberal obligaba a moderar posturas.

Entre más avanzaba la izquierda electoral más se difundía la idea de “modernizarse”, lo que implicaba asumir una agenda progre enfocada en la lucha por las libertades, reconocimiento de derechos de las mujeres y de la comunidad LGBTIQ+, cosa que es genial, pero abandonando la agenda de distribución de la riqueza y la justicia social.

A contracorriente de esta tendencia surge en México la figura de Andrés Manuel López Obrador. Su lema de campaña “Por el bien de todos, primero los pobres” marca una distancia no sólo del partido que lo abanderó en ese momento, sino de toda la clase política. Hablar de los pobres sonaba poco sofisticado y, sin embargo, esta agenda le dio la fuerza necesaria para retener la Ciudad de México, que se encontraba prácticamente en estado de sitio por parte de las fuerzas conservadoras.

Después, cuando las buenas conciencias recomendaban moderarse, AMLO encabezó una firme lucha contra el fraude electoral. El resto de la historia la conocemos: el movimiento de Andrés Manuel logró llegar a la presidencia y las voces que clamaban moderación se diluyeron no en la izquierda, sino en la derecha.

Otro caso emblemático, pero en el polo opuesto del espectro político, es el de Donald Trump. Logró llegar al poder en los hombros de la clase trabajadora estadounidense porque los demócratas decidieron no apelar a su base de votantes tradicional y cerraron el camino a una candidatura de Bernie Sanders que, efectivamente, centraba su estrategia en las banderas de los menos favorecidos.

En la izquierda se comete el error de pensar que el pueblo tiene una tendencia natural a hacia esa corriente política, pero no es así. Fenómenos como el fascismo y el nazismo son expresiones populares. Lo mismo ocurre con el movimiento cristero en México.

Contrario a lo que se piensa es el pueblo el que está en disputa. Demográficamente las clases populares son la mayoría de los votantes y desde una visión simple de marketing político es el público objetivo al que deben estar dirigidas las campañas. Lo entendió AMLO, lo entendió Trump, lo entendió Zohran Mamdani y, recientemente, lo retomaron Lula y los candidatos demócratas autodenominados socialistas.

El pueblo es el centro de la disputa y, por tanto, es necesario que sus preocupaciones y anhelos sean el eje de una campaña de izquierda. Para ello, es importante mantener la interlocución con el pueblo y después con otros sectores.

Es importante no caer en los vicios de las izquierdas tradicionales: ni el vanguardismo de la ultraizquierda ni el entreguismo progresista son caminos que lleven a la hegemonía. Del primero tenemos cientos de experimentos de grupos con grandes militantes que no han pasado del cubículo de universidad, y del otro, tenemos ejemplos de quienes han pasado de la izquierda progre a una derecha progre que defiende agendas culturales para apuntalar privilegios y formas de la vieja política.

La izquierda no debe perder la capacidad de hablar con el pueblo, y sobre todo, de escuchar al pueblo. La plataforma debe estar protagonizada por las respuestas a las preocupaciones de la gente: pagar la renta, tener un salario digno, asegurar el futuro de los hijos, contar con acceso asalud y educación, entre otras prioridades y derechos.

De esto se han tratado los gobiernos de AMLO y de Claudia Sheinbaum. Ese debe ser el relato de la izquierda. Si por más de 30 años el pueblo padeció la mano invisible del mercado, debemos hacer que con la 4T el pueblo sienta la mano fraterna del Estado, sin zigzagueos y sin temores. Al final de lo que se trata es de lo que hablaba Andrés Manuel en su campaña por la Jefatura de Gobierno: **hablamos con todos, respetamos a todos, pero por el bien de todos, primero los pobres**.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/representar-al-pueblo
Descargado el 21 de noviembre de 2026.